



...Porque allí están las viejas calles espaciosas, allí los balcones, allá la noche, la inmensa noche de Treinta y Tres. Estrellas, locos somnolientos, lejanos ladridos, silencio y silencio... (Foto De Grandi).

RECUERDOS DE TREINTA Y TRES LAS SERENATAS

TENIA que ser noche serena. Tenía que haber luna. Tenía que estar de buen humor el comisario. Eran tres condiciones "si no, cuando" —como decía un canario de cuyo nombre quisiera pero no debo acordarme... La verdad es que eran tres condiciones importantísimas; tan importantes, que si no se cumplían no teníamos más remedio que... "serenatar" con viento, noche y comisario en contra. Comisario; con el personal subalterno no había problemas. Más de una vez algún milico franco anduvo entreverado en la fiesta. Es que de fiestas

como aquellas podría enorgullecerse Treinta y Tres. Difícilmente se va a enorgullecer; pero realmente podría.

Por los simples, por lo irresponsables y pobrecitas, las serenatas eran hijas legítimas del pueblo viejo. Hijas chiquititas, de cuyo andar por las calles y las noches ni

él se daba cuenta. Y tan inocentes, que "el policía" más corsario no se hubiese atrevido a tocarlas con un dedo por falta de un permiso, quejas de algún viejo desvelado o celoso, o minucias por el estilo. Hubiese sido un abuso de autoridad.

Y eran lindas, no hay nada que hacerle! Lindas desde afuera y desde adentro. Lindas para los serenateros; pero "lindas y otro poco" para los serenatados. Con las excepciones del caso, como todo. Que iban desde el gustador de la llamada "música buena", al hepático propiamente dicho; pasando por el caso de viejo (o vieja) ya referido. Felizmente, ni uno ni otro (ni otra) abundaba mucho en Treinta y Tres por esa época.

Ahora, eso sí: hay que distinguir estas serenatas románticas, que junto a otros tantos recuerdos como ellas, le evocan a uno el pueblo pasado, de otra cosa que también se llamaba serenata, pero que no era serenata. Y no era precisamente, por faltarle lo principal de lo que se entendía entonces por serenata. Es decir, la vocación; el "amor al arte" o amor a lo que fuera, pero amor. Eso le faltaba y era como faltarle el corazón. Pues en lugar del corazón llevaba un bolsillo. Grande, el bolsillo; en él cabían plata, botellas y algún otro bulto. Eso no era serenata. Empezó siendo una pechada con música, muy mal disimulada, y terminó en negocio redondo. Más de una "barra de patos" se sintió con derecho a financiarse sus fiestitas en el monte con el producto de las salidas. Daba lástima oírlos. Lástima el canto, la música y sobre todo la dedicatoria, cosa ésta tan bien estudiada en una serenata de verdad. En aquello no; lo único que interesaba era mostrar el interés. Descaradamente. A tal punto, que los versos del ofrecimiento no conocían otra rima que no fuese con "ella" de botella, "eso" de peso o "aña" de caña. Ya era una vergüenza, y la policía tuvo que intervenir en serio. Pagaron las ingenuas, las auténticas serenatas. Se las empezó a reglamentar tan severamente, que sucumbieron. Rindieron así, ellas también, su tributo al profesionalismo. Cayeron en su ley, como tantas inocentadas del pueblo simplón y campechano, entre las telarañas de la ciudad moderna.

¿Quién iba a pensar en plata o en otras materialidades, entre aquellos cultores de las serenatas de verdad, cuya vanguardia integramos con Antenor Álvarez, Mauro Guasque, Pedro Martínez Saravia, Odemar Larrosa, Omar Justo Caetano, Luis B. Hernández, Juan Serna y tantos otros? ¿Quién, si casi nadie pasaba de los diecisiete años, y andábamos todos enamorados? ¿Quién iba a buscar botellas para rimar dedicatorias, si tras las ventanas del recorrido estaban ellas y allá arriba las estrellas? ¿Quién se iba a acordar de pesos, si sobraban versos y besos? ¿Quién de caña con certezas

su mamá...
Salíamos, sencillamente, porque teníamos ganas de cantar. ¿Cantar?... Bueno, la alta voz y en la alta noche, al compás de uno o varios instrumentos, ni en otras circunstancias. ¿Por qué no cantábamos? Volvemos a lo de los años.

Por más que frecuentáramos el canto —pero iban— los menores; por más que quebráramos el gacho y peleáramos el sastré para que les diera la noche el humo que tragáramos y poses varoniles gastáramos, era inútil. La edad no tenía en aquello que dejaban el desmoronamiento. La barba no asomaba ni a través de los afeitados por día, y el alma vuelta, pues, oportunidades, faltaba lugar, faltaba tiempo para decir lo que teníamos que decir y a quien queríamos decirlo. Entonces nos dimos cuenta de que ocurría: que el lugar y el tiempo, para decir lo que se dice, no se dicen nunca más en la vida. Y la oportunidad más apropiada que la del canto.

cia universal? ¿Qué mejor lugar que justo oído —pared por medio— de aquella quien iba dirigido el lírico mensaje? ¿Y otro tiempo que el de la noche toda y las estrellas?...

No podíamos tener novia. Teníamos un río, como nosotros queríamos. Veníamos los martes, jueves y sábados de noche, y los domingos de tarde, como hacía todo el mundo. Ir al fútbol y al cine con ella del barrio, aunque fuera con la madre y el hermano siempre a la retaguardia. No se podía, apenas una cualquiera de las múltiples parejas interesadas —que iban desde los padres de ella, hasta los tíos cuartos o quintos de algún rival aventajado en preferencias— veía en la retreta arrimarnos a la que las semanas veníamos "de ojo" distinguiendo y siendo por ella distinguidos, más allá de nuestras cabezas la condena de una implacable persecución. Y allí empezaba el mentable juego del escondite, la "química de la vuelta" en la plaza, la dispersión por las calles laterales, el esquivar fraudulento. Había que ser muy ágil, para pretender una vía. Ágil y caradura. Y el que no lo fuera, que se resignase al triste papel de "huérfano", "viudo", "huerfanito" o "soledoso".

No nos resignábamos. Pero eso no bastaba a nuestros fueros interiores. Ellos exigían la conquista total y definitiva del amor, el gitivo y muchas veces preso y... con "fuerza" a la vista. Como eso era imposible y todo imposible se anuda y aboga... otros nos desahogábamos echando a correr aquel imposible por los espacios libres de las calles silenciosas y la noche honda.

Así nacieron las serenatas. Del amor prohibido por muy apurado. De un amor a la razón impaciente. Un amor de truenos y relámpagos; arremolinado, íntimo amigo de la noche, la muerte y cosas por el estilo. Progenitor de versos disparadores como los gales campo afuera. Un amor más peligroso que el diablo en mangas de camisa.

Salíamos. Nunca faltaba una guitarra, un violín o un bandoneón, para acompañar el medio acompañar. Elegíamos casi siempre el sábado o alguna víspera de fiesta, para poder tomar cuenta de la madrugada. El punto de concentración era la casa de cualquiera del grupo. Entre once y doce de la noche, estábamos todos reunidos y pronto. No siempre estábamos todos los que queríamos ni solíamos ser todos los que queríamos. Pero nunca bajamos de la media hora y más de una vez pasamos de varias. Cada cual con su tango, vals o milonga preferidos. Y cada tango, vals o milonga como hecho a la medida de cada cual. Coincidencias asombrosas de letra y música que lo que nos andaba pasando. Tanto que uno cantaba —o hacía cantar cuando no cantaba garganta o le sobraba emoción—



LAS RELIQUIAS
DEL HEROE

RICHARD HALL

La extensión del recorrido dependía generalmente del número de integrantes del grupo, que era igual al número de ventanitas a visitar. Generalmente, porque